Una mujer, un barco, las bibliotecas y el mar

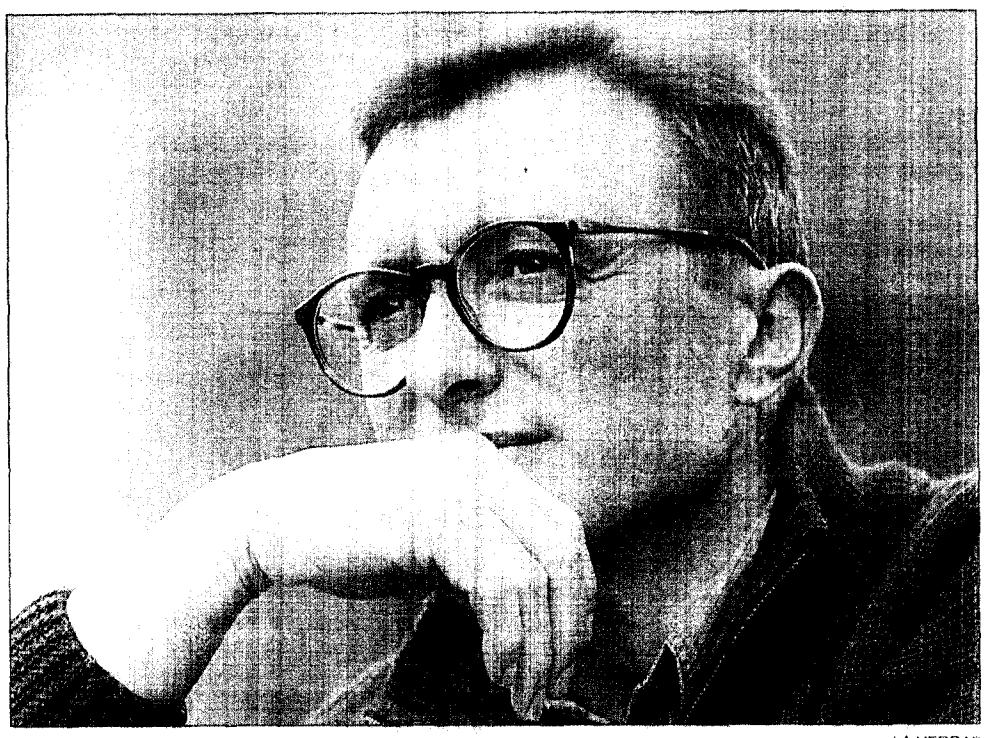
JOSÉ PERONA

La reciente obra de Arturo Pérez-Reverte (Alfaguara, 2000) será una gozosa lectura para todos los marinos y, especialmente, para aquellos que naveguen entre Cabo Cope y Cabo de Palos y hayan atracado o atraquen en Águilas, La Manga, en Cartagena o en Mazarrón porque la geografía de la novela es casi una carta náutica de la costa murciana. Y porque, además, contiene una detallada y minuciosa enciclopedia de vientos, de nombres de velas, de orientaciones a través de las cartas de navegación y de las indicaciones de los satélites, del Meteosat y de los GPS, de las soledades infinitas y gozosas del mar. O de la mar.

Pero, como en toda la obra de Pérez-Reverte, la quasi fotográfica geografía se llena de misterios y esos misterios hay que navegarlos en las bibliotecas de la historia. La cartografía española recibe así un homenaje y en ese homenaje se rinde culto a una memoria y a una grandeza marítima penúltimamente desamada, pero aquí aparece de forma deslumbrante. No sólo son Urrutia, Tofiño y el Marqués de la Ensenada los referentes, sino que los grandes nombres propios como Jorge Juan y Antonio de Ulloa son introducidos en este homenaje a la Historia de las Españas con mayúscula que el escritor de Cartagena viene reivindicando sin cesar tanto en sus artículos en *El Semanal* como en sus libros.

Nadie podrá negar que el autor no se ha implicado a fondo una vez más y tanto los Museos como los Atlas, tanto los barcos como los bares, tanto las bibliotecas como su memoria, no están minuciosamente trabajados y puestos al servicio, aunque a veces no se note, de la construcción de una trama folletinesca, de un melodrama apasionante que, no lo duden ni un momento, no les dejará abandonar el libro hasta que no lleguen a su fin.

Y todo esto se convierte, gracias a la mano maestra de un narrador excepcional, en literatura. Literatura de la grande, porque *La carta esférica* es, como no podía ser de otra forma conociendo a su autor, una forma de reescribir los viajes a través del mar, viajes que tienen su principio del Cánon en la Odisea homérica y que, en este caso, recogen y rinden culto a la trilogía de la literatura del mar. Me refiero, aunque ustedes ya lo han adivinado, a *La isla del tesoro*, de Stevenson, a *Moby Dick o la ballena blanca* de Melville y a las inquietantes *La línea de sombra* y *Corazón de tinieblas*, de Joseph Conrad. (Obviaré otras obras claves como la trilogía de *La Bounty*, los cuentos de Tintín y las películas que, si aún recuerdan los días en que fueron niños, nos hablaban de la grandeza, de los tesoros y de los peligros del mar).



Arturo Pérez-Reverte. LA VERDAD

Así pues, cartografía, historia, bibliotecas, barcos y el mar. Y, habitándolos, una enigmática mujer, Tánger Soto, que devuelve al marino Coy al mar para que le ayude en su sueño y en una búsqueda extraña, una y mil veces interrumpida como mandan los cánones. Y el lector asiste a una inquietante y turbadora pasión sexual entre dos soledades, una pasión que se escribe con una prosa lenta y diálogos escasos al principio que se van ampliando después en la descripción de la investigación libresca, en las charlas secas de los marinos, en la desesperanza, hasta llegar al rápido zigzagueo de novela policiaca en *El Cementerio de los Barcos Sin Nombre*; una pasión que se reescribe en cada página según avance la búsqueda y se adensen las soledades, según soplen los vientos o se calmen, según se salven los escollos o se solventen las peleas. Combate desigual y por eso mismo postconradiano, porque quien se alza al primer plano es la mujer que, según Coy, es todas las mujeres y es tan compleja o más que el mar, porque no existen cartas náuticas que sean capaces de fijarlas en un meridiano y porque, siempre calladas, saben desde siglos, tal vez desde Helena de Troya o desde Penélope, dónde se hallan las claves de los hombres tristes o listos, traficantes o marinos, que, ensimismados en sus cartas marinas y en sus GPS, no han aprendido nunca a navegarlas.

Pueden creerme si les digo que en la búsqueda del barco hundido frente a la costa cartagenera no es lo más importante, con serlo, la resolución de un enigma histórico ni el rescate de su misterioso y preciado botín, sino el trazado de las coordenadas que conducirán –no podía ser de otra forma– al abismo a cada uno de los dos protagonistas. Porque, esta vez, Arturo Pérez-Reverte ha trazado una novela de amor, o mejor, de desamor, una reflexión madura, serena, asumida sin rencor, sobre la teoría de que los hombres son barcos a la deriva si los mueven las mujeres y, sobre todo, si son ellos los que se empeñan en implicarse en sus vidas.

Excuso decirles que el reconocido relojero de tramas que es Arturo Pérez-Reverte ha adelgazado en este caso los recovecos, salvo en la densa investigación libresca que está diluida, porque su búsqueda, la de Coy, es a pecho descubierto ya que sabe o intuye desde el principio su final. Porque de la inocencia ya sólo existe su nostalgia y es imposible saber lo que pensó «aquel primer hombre que salió en busca de un tesoro, que navegó en un barco o emprendió el acercamiento a una mujer sin haberlo leído en un libro». Coy, el marino que sólo leyó libros sobre barcos, que bebía ginebra –Bombay azul zafiro, naturalmente– con tónica y escuchaba discos de jazz, *dixit*.

José Perona es maestro de Gramática

María Zambrano, autora de la gran utopía española del siglo XX

LAURA LÓPEZ • MADRID

María Zambrano es la autora de la utopía española más importante del siglo XX, pues en su obra *Persona y democracia* pide que se consiga una realidad política en la que nadie sea humillado y el individuo pueda desarrollarse como persona, dijo Rogelio Blanco, autor del libro *La ciudad ausente*. La obra, publicada por Akal con el subtítulo de *Utopía y utopismo en el pensamiento occidental*, define cómo son y qué condiciones deben tener las verdaderas utopías y reivindica un espacio para la utopía como género literario.

En la utopía de María Zambrano, «nadie debe pisar sobre nada ni sobre nadie, ni siquiera sobre sí mismo» y cada persona «debe desarrollar su personaje en el teatro de la vida», agregó Rogelio Blanco, profesor de filosofía y doctor en Ciencias de la Educación, autor de varios libros como *La Ilustración en Europa y en España*.

Alternativa de futuro

La utopía, que siempre critica una situación y propone otra como alternativa para el futuro, es, precisó Rogelio Blanco, un intento de secularizar el cielo, es decir, de proyectarlo en la tierra.

El hombre, señaló, es el único ser capaz de soñar y de proyectarse frente a otro, por lo que la utopía, además de ser un viaje iniciático, debe tener siempre una dimensión social.

La utopía supone un viaje de iniciación o purificación, aunque no tiene una forma de expresión definida sino que ha usado otros géneros como la literatura o la filosofía. En su intento de lograr un hombre nuevo, la utopía ha utilizado a veces un lenguaje poco comprendido por el gran público, ha usado protagonistas extraterrestres y ha situado la propuesta en espacios aislados como islas o penínsulas, puntualizó.

Curiosamente, precisó, en todas ellas se eliminan los estudios anteriores de historia y literatura en un intento de borrar el pasado.

Nos movemos para que no pares

Cambio de Aceite
desde 3.995* pts 24,01 €

Cambio de Neumáticos
desde 3.995* pts 24,01 €

Gratis 25 puntos de control visual con cada operación.

www.renault.es

RED RENAULT DE MURCIA